

Como en una buena novela de intriga, los ingredientes de la trama aparecen claros en la historia que este libro nos cuenta. No hay trampas argumentales, para quien inicia su lectura.

Cuando la policía franquista le ha detenido junto a varios compañeros, él llevaba encima las llaves de la casa donde vive y un cuaderno escrito a mano con anotaciones sobre proyectos para liberar presos de ETA encarcelados. La policía ha encontrado su pistola aunque no sepa aún de quién es; pero en sus calzoncillos hay una marca de aceite que le delata. ¿Cómo dar a la policía una dirección falsa de dónde vive sabiendo que lo va a comprobar de inmediato?. ¿Cómo aparentar desconocer todo sobre los planes de fuga de los presos si están escritos con su puño y letra?. ¿Cómo rechazar que la pistola le pertenece si él es un militante ilegal que es refugiado en el Estado francés y, además, está la mancha de aceite?.

Son tiempos de "estado de excepción" allá en marzo de 1971. En la dictadura de Franco eso quiere decir que los días de estancia en la comisaría se pueden prolongar a voluntad de la policía.

Como sucede con las buenas novelas de intriga, los acontecimientos no ocurren siempre como el lector había esperado; hay sorpresas que, sin embargo, podrían no haber sido tales si el lector hubiese puesto mayor atención en algunos detalles que se contaron antes. De hecho, si esta historia fuese ficción, sería una buena novela de intriga.

Como en una buena novela, cada capítulo, es, al mismo tiempo, una historia completa y una pieza que se encadena con la siguiente. Una pugna entre la estrategia de los interrogadores y la del interrogado. Una pugna cuyo relato atrapa al lector para saber qué ocurrirá después.

Se trata, sin duda, de un sólido relato en su forma, en su estructura, en su ritmo. Pero no es, desde luego, una novela. Ni siquiera se trata de una “ficción basada en un hecho real” como suele decirse en algunos casos.

Este libro es una historia real desde el comienzo hasta el final. La historia del sufrimiento y la resistencia de Jose Ramón Goikoetxea, “Mentxaka”, durante 15 brutales días de comisaría. Pero, también, la historia de un esfuerzo enorme por conservar la mente clara y por crear juegos y pistas falsas para engañar a la policía. Un engaño de cuyo logro dependen muchas cosas: la condena del propio Mentxaka y la seguridad de otras personas.

A veces el juego de engaños funciona mejor y otras peor; no es fácil mantenerlo bien engrasado cuando se ve sometido a palizas y torturas. Pero ahí está. Recorriendo todo el relato, haciendo que el lector se pregunte en cada momento “¿y cómo saldrá de ésta?”, para descubrir que esa salida se encadena con un nuevo problema y una nueva historia. Este es uno de esos libros que es difícil dejarlo cuando se empieza a leer. Un libro que te atrapa.

Cada capítulo corresponde a uno de los días pasados en comisaría; desde el de la detención el 7 de marzo de 1971 hasta el del traslado a la prisión de Basauri el 21 de marzo; desde el “Akabo, dena galdua zegok- pentsatu duzu” del primer día, hasta el “-Azkenean! –esan duzu pozik, hunkituta” del último.

José Ramón comenzó a escribir este libro hace ya muchos años. Algunas de las historias y muchos de los recuerdos, trozos de ellos al menos, comenzaron a tomar forma escrita poco después de que ocurrieran. Luego esas historias durmieron un tiempo en algún cajón. Su autor las recuperó más tarde. Recuerdo que a comienzo de los años 80 me habló del libro y que después me dio a leer el borrador del mismo. Hablamos de lo que se contaba, tratamos de recordar juntos algunas cosas que estaban en

nebulosa. Por lo que fuera, el libro –su proyecto- volvió a dormir a algún cajón y ésta vez bastante tiempo. Supongo que Jose Ramón tomaría aquellas hojas escritas en más de una ocasión. Quizá en alguno de esos momentos de exaltación activista en los que cada cual pensamos que somos capaces de casi todo pero que luego no encuentran el momento adecuado para llevarlo a la práctica. O, por el contrario, quizás en alguno de esos otros momentos de otoñal cansancio en el que sonrías al mirar las cosas a las que no llegas, y vuelves a dejarlas tranquilamente en su sitio tras darles un beso.

Por fin, Jose Ramón decidió poner manos a la obra y no sólo terminar el libro, sino, además, hacerlo en euskera aunque casi todo lo tenía, hasta entonces, escrito en castellano. En ello estaba y a buen ritmo pero la primavera de 2005 se nos fue. En la pancarta que nos agrupó en la plaza de Andoain a quienes fuimos a sentirnos juntos en nombre de su recuerdo, sus ojos azules y esa su sonrisa de pícara buena persona eran un alivio para nuestro dolor. Un alivio generoso.

Rafa Egiguren ha terminado, sabiamente, la traducción que Jose Ramón inició y así ha llegado a nuestras manos este libro.

Los interrogatorios de esos quince días y las estrategias que él establece para enfrentarse a ellos son el origen de los recuerdos que Jose Ramón relata sobre su experiencia en ETA. Excepto una pequeña parte dedicada a un momento anterior, el tiempo de ese relato abarca desde abril de 1969 hasta marzo de 1971. La primera fecha es la del desmantelamiento casi completo de ETA por la policía, lo que incluyó la detención de casi toda su

dirección que sería sometida a Juicio Militar en la Capitanía General de Burgos en diciembre de 1970. La segunda, como ya está dicho, la de la detención del propio Jose Ramón en Bilbao.

En septiembre de 1970 ETA celebró su VI^a Asamblea y, en ellas, se dividió en tres partes. Buena parte de los cuadros y militantes que se encontraban en Iparralde, en otros lugares del Estado francés o en Bélgica, entre ellos algunos de sus dirigentes históricos más notables, abandonaron la organización acusándola de prolongar una actividad armada que ya no tenía sentido y de mantener una estrategia política nacionalista y no socialista. Otros cuadros históricos y quienes habían sido la dirección del aparato militar de la organización y mantenían en sus manos la infraestructura que quedaba, se constituyeron en una ETA contraria (ETA V^a) a la que surgió de la Asamblea (a la que se conocerá como ETA VI^a) acusando a ésta de abandonar la resistencia armada y de pasarse a una estrategia “españolista” contraria al pueblo vasco. En medio quedó toda la nueva dirección y la organización que se había reconstruido en Hegoalde tras las caídas de abril de 1969. Por razones y circunstancias que él mismo relata, Jose Ramón llevaba ya meses, de forma clandestina, viviendo en Bizkaia como miembro de la dirección de ETA.

Este relato se refiere, pues, a ese tiempo de la historia de ETA que después hemos llamado el de ETA VI^a. La forma en la que Jose Ramón cuenta cómo se mezclaban en él nuevos anhelos y esperanzas junto a dudas e incomprendiciones, retrata de manera bastante acertada aquel momento.

La gente de ETA VI^a protagonizamos un proceso muy serio de reflexión crítica sobre la dinámica armada de la organización y sobre muchos de los componentes de su ideario político que tenían una carga de etnicismo nacionalista muy fuerte. Hay que recordar que un lugar tan común hoy como el de la “autodeterminación” se hizo público en la esfera del

nacionalismo vasco desde aquella ETA VI^a; y esta reivindicación que hoy consideramos mucha gente como una expresión básica de los derechos democráticos, fue tachada como españolismo puro y agresión a la nación vasca por parte de ETA V^a. Pero hizo falta un tiempo bastante más largo que ese medio año que transcurrió desde la celebración de la sexta Asamblea hasta la detención de “Mentxaka” para que las ideas tomaran consistencia en nuestra organización. El tiempo que se narra en este libro es el del desequilibrio de nuestras propias ideas y Jose Ramón, con buen criterio, no ha tratado de embellecerlo.

El fresco pintado en este relato se traza en torno a las cuestiones sobre las que él sufrió los interrogatorios en comisaría. Por eso, el grueso de recuerdos sobre el “Proceso de Burgos” en diciembre de 1970 no está en la extraordinaria repercusión política que tuvo para el debilitamiento interno e internacional de la dictadura de Franco, sino en los avatares de la operación de fuga de la dirección de ETA que fue juzgada en ese Juicio Militar.

Ya sabemos que aquello no pudo ser. Pero faltó muy poco para que tuviera éxito. Recuerdo que Jose Etxebarrieta, probablemente la figura central del equipo de abogados y, en todo caso, nuestro principal asesor político en la época, planificaba ya lo que iba a ocurrir desde la fuga hasta su presentación pública en un gran acto en París. No pudo ser, pero si hubiese ocurrido aquello habría significado un maremoto político. El ingeniero de toda la operación fue Jose Ramón y la policía tenía en sus manos datos y referencias de la misma escritos por él, que maldecirá mil veces llevarlos consigo en la detención.

En el momento en que escribo estas notas estamos en los primeros días del “alto el fuego permanente” declarado por ETA a partir del 24 de marzo. Me parece un momento particularmente adecuado para leer y conocer la “confesión de Mentxaka”. Es ésta una parte de esa larga y compleja historia

que ha protagonizado ETA en nuestro país durante casi 50 años y que ha marcado el pensamiento y las experiencias de generaciones de jóvenes. Una historia que requiere, sin duda, una reflexión crítica profunda. Pero una historia que, para ello, debe conocerse desde muchos puntos de vista. El de este libro no es un enfoque de historiador académico; son recuerdos personales. Pero permite vivir esa historia, una parte de ella, y comprenderla con hechos, pensamientos, sensaciones y experiencias que ninguna obra académica podría recoger.

Quien comience a leer esta historia sabrá que ha tomado una decisión estupenda y, seguro, quedará atrapado rápidamente en ella.

Petxo Idoyaga

Bilbo, 27 de abril de 2006